



PRADO



EL PRADO COMO UN
CARISMA
E C L E S I A L

Antonio Bravo



PRADO

VH0

EL PRADO COMO UN
CARISMA
E C L E S I A L

Antonio Bravo

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN DEL PRADO MEXICANO

Con mucha frecuencia nos cuestionamos acerca de las motivaciones de la pertenencia a la Asociación de los Sacerdotes del Prado: ¿por qué? ¿para qué?. Estas preguntas, y especialmente sus respectivas respuestas, han de ser claras para quienes ya somos miembros del Prado, sino también para la necesaria pastoral vocacional que ha de desplegarse con humildad y al mismo tiempo con convicción en el seno de los presbiterios diocesanos, en los seminarios y por supuesto también, en el diálogo con los Obispos, a fin de que ellos también comprendan más y mejor al Prado.

Con la intención de profundizar en todo esto para los sacerdotes diocesanos, es que nos ha parecido de gran valor volver a estas reflexiones del P. Antonio Bravo, a quien los sacerdotes del Prado Mexicano debemos tanto por su aporte y su trabajo desde sus numerosas visitas a México, cuando fue Responsable General, e incluso en la actualidad, ya que siempre ha accedido fraternamente a acompañarnos en los ejercicios espirituales.

El Prado es una “gracia” en la vocación presbiteral diocesana. Se cultiva como un don y un llamado al servicio de la Iglesia diocesana para ayudar a ésta a recordarle su misión de evangelización entre los pobres y los más alejados del influjo de la evangelización dentro de la misma diócesis. El Prado es un “carisma” al interior de la vocación presbiteral. No es algo añadido, sino un don que permite profundizar en las exigencias misioneras del ministerio sacerdotal en la propia Iglesia local.

Que de la lectura de este documento y del Estudio del Evangelio, a partir de las pistas aquí sugeridas, podamos obtener un fruto de mayor claridad y aprecio del don y compromiso que implica la pertenencia al Prado para quienes ya estamos caminando apoyados en los pilares vocacionales que nos dejó Antonio Chevrier.

La edición es una edición no comercial, para uso interno del Prado Mexicano y que esperamos compartir fraternalmente con otros Prados Nacionales de América Latina y con los sacerdotes diocesanos de nuestras Iglesias particulares.

Fraternalmente:

Manuel Zubillaga
 Coordinador del Prado Mexicano
 México, D.F.; agosto de 2012

PRAY

INDICE

I. EL PRADO COMO UN CARISMA ECLESIAL	7
1. El Prado, un don espiritual	8
2. En la Iglesia recibimos y cultivamos la gracia del Espíritu	10
3. Para la edificación de la Iglesia entre los pobres	11
4. Con todo el Pueblo Santo, colaboradores de la obra de Dios:	13
4.1. Colaboradores con los laicos	13
4.2. Colaboradores con los otros miembros del presbiterio	15
4.3. Nueva manera de ser colaboradores del orden episcopal	16
5. El Prado: una espiritualidad apostólica basada en la Palabra	18
6. Una familia al servicio de una gracia: Evangelizar a los pobres haciéndonos discípulos de Jesucristo	22
II. LA MISIÓN DEL PRADO EN UNA IGLESIA QUE HA HECHO LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES	27
1. El anuncio del Evangelio a los pobres	28
1.1. La opción por los pobres como “solidaridad”	28
1.2. La opción por los pobres como “liberación”	29
1.3. La opción por los pobres como “evangelización”	31
2. La prioridad del anuncio de Jesucristo en la vocación apostólica del Prado	34
3. Los pobres de nuestra sociedad configuran e interpelan nuestra condición de ministros de la Palabra	36
4. El crecimiento de comunidades misioneras entre los pobres: Signo y Buena Noticia para todo hombre	39
5. La formación de apóstoles pobres de entre los pobres y para los pobres	40
III. EL MINISTERIO SACERDOTAL Y LA VOCACIÓN PRADOSIANA	43
1. El ministerio apostólico, base y quicio de la vocación pradosiana	45
1.1. La gracia de la Navidad de 1856	45
1.2. El sacerdote según el Evangelio o el Verdadero Discípulo de N. S. Jesucristo	46
1.3. La sacramentalidad apostólica	47
1.4. La virtud gana a los pueblos	48
2. El conocimiento de Jesucristo hace al hombre, al santo, al sacerdote	49
2.1. “Representación”–“Imitación”: la tradición patristica	49
2.2. El conocimiento de Jesucristo hace al sacerdote	50
2.3. Un ministerio totalmente espiritual	51

3. La misión del ministerio apostólico	52
3.1. Alumbrar al hombre nuevo, creado en Cristo	53
3.2. Conducir a la obediencia de la fe a todas las naciones	54
3.3. Recapitular todo en Cristo	55
4. Discípulos de Cristo en el ejercicio y por el ejercicio del Ministerio	56
5. La dimensión progresiva y sacramental de la vocación pradosiana	58

IV. LAS ETAPAS DEL MINISTERIO APOSTÓLICO DEL PRADOSIANO BAJO LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU **60**

1. Seguir el camino del pesebre para enriquecer a los pobres con la pobreza del Verbo de Dios	62
2. Dar testimonio del amor y de la obediencia filial de Jesús en la cruz, para caminar con los pobres hacia la libertad pascual	65
3. Llegar a ser “buen pan” para alimentar a las muchedumbres hambrientas y desorientadas	69
4. Los consejos evangélicos como camino para vivir nuestro ministerio desde el amor de Cristo, único resorte de nuestro quehacer pastoral y misionero	72

V. LOS SIGNOS DE LA VOCACIÓN PRADOSIANA **77**

1. La “pasión” por Jesucristo. Su conocimiento es nuestro bien supremo	78
2. El deseo de seguirle en la totalidad del Evangelio	79
3. La alegría de compartir la vida y la amistad de los pobres	80
4. La inteligencia mesiánica del pobre	81
5. La búsqueda incesante del Espíritu de Dios en las Escrituras, en la Iglesia y en los pobres, para seguir creativamente a Jesús	83
6. La voluntad de eficacia en nuestro ministerio	85
7. “Lo único necesario”: dar a conocer a Jesucristo a los pobres	85
8. La vida fraterna como constitutiva de la vocación pradosiana	87

VI. LA FAMILIA DEL PRADO **88**

1. La comunidad apostólica de los discípulos tiene su origen en la elección y libre llamado del Resucitado	90
2. En una comunidad que escucha y pone en práctica la palabra	93
3. Una familia para evangelizar a los pobres	96
4. La familia internacional del Prado	100



EL PRADO COMO UN CARISMA ECLESIAL

 PRADO

“En cuanto a los dones Espirituales, no quiero, hermanos que estéis en la ignorancia” (1 Cor 12,1).

Las Constituciones se abren afirmando que el Prado es un don del Espíritu hecho a la Iglesia en la persona de A. Chevrier para la evangelización de los pobres (Const. 1). Esta afirmación se sustenta en el designio de Dios. “La obra del Padre” (cfr. Jn 5,19 ss.), llevada a su consumación por el Hijo, se perpetua en la Iglesia y por la Iglesia en el mundo, bajo la acción del Espíritu que preparó la venida de Jesús, condujo su existencia hasta la Cruz y perpetúa su enseñanza y su obra de salvación en el mundo.

El Espíritu no cesa de enviar sus dones a hombres y mujeres para que el Cuerpo de Cristo siga creciendo hasta su plenitud. Él suscita colaboradores del designio de Dios para que el edificio, la casa de Dios (cfr. 1 Cor 3,9), vaya creciendo incesantemente de forma armónica, hasta que toda la creación entre en la liberación, en la salvación que nos ha sido dada en esperanza (cfr. Rom 8,18-30).

Recuperar la dimensión carismática de la Iglesia, no es vanalizar las mediaciones, sino darles su verdadero lugar y sentido en la economía de la Encarnación. Dios nos salva, haciendo que el Verbo asuma la condición humana y enviando su Espíritu para que los hombres puedan colaborar en la tarea de engendrar el hombre nuevo, creado en Cristo. Esta obra de Dios no se limita a transformar unas personas, sino que busca reunir un pueblo en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (LG 4, 9).

El Espíritu de Verdad y de Santidad nos asocia a Cristo para llegar a ser sus colaboradores. Y no podemos olvidar que la santidad y perfección están en relación directa con la llamada a ser colaboradores de la obra del Padre, realizada por y en el Hijo, bajo la luz y fuerza del Espíritu. El Espíritu se dio a los apóstoles para ser los embajadores de la obra del Hijo. El Espíritu da dones espirituales para que el Cuerpo de Cristo siga creciendo hasta su plenitud.

El Prado es un don en función del crecimiento de todo el Pueblo de Dios para que proclame en el mundo la comunión trinitaria y actualice sin cesar la misión del Hijo y del Espíritu según el proyecto de Dios. Nuestra vocación y misión no nos pertenece pues, sino que le pertenece, en última instancia, a la Iglesia. Por ello, nosotros somos responsables ante la Iglesia. Ella puede y debe cuestionarnos sobre cómo estamos haciendo fructificar esta gracia al servicio del crecimiento de todo el Pueblo de Dios. Preguntémonos cómo vivimos esta gracia en la Iglesia, para la Iglesia y con la Iglesia.

1. El Prado un don espiritual

Todo don viene a significar la iniciativa graciosa de Dios con su pueblo. En el marco del Evangelio de la gracia, los dones espirituales nos recuerdan cómo todo proviene de Dios que nos amó en su Hijo desde toda la eternidad y nos destinó a ser sus hijos (Ef 1,5). La experiencia de “lo dado”, de “lo indisponible”, nos conduce a no “apropiarnos” del don del Espíritu, sino a ponernos a su servicio.

El “don espiritual” es “una capacidad”, “un poder”, una “energía”, para que colaboremos en el crecimiento del auténtico Cuerpo de Cristo, para que todas las cosas sean recapituladas en Cristo (2 Cor 10,8; 12,19; 13,10). El “don” es para la edificación, no para la destrucción. Ahora bien, el don de Dios no está ligado al “poder” del hombre, sino a la “debilidad” del hombre (2 Co 4,7), para que el mundo comprenda que es el mismo Dios quien está edificando o reconciliando a su pueblo consigo. Por ello, el hombre que es consciente de recibir un don espiritual que le asocia a Dios en su obra, nace simultáneamente a la humildad y a la audacia. En todo momento reconoce que su fuerza le viene de Dios, quien lo ha elegido en su benevolencia. Pero, al mismo tiempo, la experiencia del don de Dios le da audacia y seguridad para afrontar el camino de la colaboración. La debilidad y la fuerza marcan al hombre consciente de recibir un don de Dios.

Quien recibe un don espiritual, se siente urgido a situarse libremente y responsablemente de forma nueva ante el mundo y ante la Iglesia. Desde el don se identifica ante los demás, y no ya desde la comprensión que tenía de sí en relación con Dios, con los hombres y consigo mismo. Toda su existencia queda marcada por esta gracia, busca desarrollar la energía recibida al servicio de los demás.